
A TRAVES DE LA SELVA

La fuerza de voluntad en la desgracia.—Herrera Director de la Guerra en el Cauca y en Panamá.—Su misión al Exterior.—La gran retirada.—Burla Herrera la vigilancia del Gobierno.—Escapa a las fuerzas fluviales y terrestres.—Caminos a través de la montaña.—Uribe Uribe en las Sabanas de Bolívar.—Toma a Sincelejo.—Victoria de Juan Gordo. Ocupación de Magangué.—Encuentro allí de los dos grandes Jefes liberales.—La hazaña del General Herrera en Eneas.—Se refugia en la isla de Barú.

Es indudable que en la lucha se retemplan los grandes caracteres, que así como a los espíritus apocados cualquier contratiempo los lleva al desaliento, en los espíritus superiores sucede todo lo contrario: las dificultades avivan sus energías y sacan de las mismas desgracias nuevas fuerzas para subyugar a la adversa fortuna.

Bien conocido es el episodio de la vida del Libertador Simón Bolívar, cuando enfermo y en la situación más precaria en Pativilca, le preguntaba don Joaquín Mosquera uno de los que juzgaban perdida la causa de la Independencia:

—Y ahora que pensais hacer, General?

—TRIUNFAR! respondió como inspirado el Genio de la América.

Creemos que una contestación semejante habría dado el General Herrera al que le hubiera hecho igual pregunta en los

días de tristeza que siguieron a los sucesos referidos; en efecto él es de esos caracteres enérgicos para quienes el imposible es una vana quimera, de aquellos a quienes la adversidad agiganta.

Con amplios poderes del Director General de la Guerra para obrar en la Costa Atlántica y en el Pacífico o para salir al Exterior en busca de nuevos elementos con que continuar la guerra a que nos constreñía la intolerancia o la soberbia del señor Marroquín, se aprestó a llevar a cabo la expedición más atrevida y llena de peligros de que hay memoria en nuestros anales.

Con 600 hombres que le seguían sumisos a todas partes por la confianza que supo inspirarles y por el amor a la causa liberal que los dignificaba, 600 hombres animosos y resueltos, preciado resto del glorioso Ejército del Norte, acometió la temeraria empresa de trasladarse a la Costa sin buques y sin municiones, rodeado por todas partes de peligros, ya por la flota fluvial del Gobierno que recorría el Magdalena en todas direcciones ya por los numerosos destacamentos llevados expreso a diferentes partes para cortar el paso a los revolucionarios.

Tal empresa es apenas creíble y sin embargo la llevó a cabo el General Herrera con audacia singular. ¿Es que la fortuna interviene favorablemente en los asuntos de este Jefe para que sean coronados por el éxito? Por mucha parte que queramos dar a la ciega deidad en los asuntos terrenos, siempre habrá que convenir en que sin la decidida voluntad del héroe y sus juiciosos cálculos, el fracaso habría sido inevitable.

Para llevar a cabo la expedición, el General Herrera descendió en canoas el Magdalena hasta Puerto Wilches, burlando la vigilancia de los vapores del Gobierno y de sus destacamentos terrestres; viajando de día y de noche, según las circunstancias, atento siempre a todos los ruidos, verdaderos o supuestos, que le indicaban el peligro, y evitándolo cuidadosamente, ocultándose en los caños y numerosos recodos del río, inaccesibles a los buques de vapor, así hizo las jornadas acuáticas.

Ya podrá suponerse los días y las noches de angustia que tendría que sufrir con tan incómoda locomoción, en canoas estrechísimas, sin suficiente acopio de víveres, sufriendo, en fin, la horrible plaga del zancudo, agobiado por el calor que centuplica la reflexión del sol sobre las aguas.

Hay que convenir que es necesario mucho amor a una cau-

sa, mucha fuerza de voluntad para sufrir tales incomodidades y arrostrar tales peligros. Y pasando como tuvo que pasar por tan numerosos pueblos como demoran a las orillas del río, es más admirable aún que a nadie se le ocurriera denunciarlo, no obstante que en más de una ocasión al atracar a algún pueblo un buque armado del Gobierno, no hacía mucho que había tocado allí la expedición revolucionaria oculta a la sazón en algún caño cercano.

¿Qué probaba esto sino el gran desprestigio del Gobierno? ¿Qué probaba esto sino la gran opinión que acompañaba al liberalismo en su tarea restauradora de la República?

Así después de muchos días, llegó la expedición a Simití. Tarea más ruda fué la que se impusieron entonces los expedicionarios. Querían llegar al corazón del Departamento de Bolívar, y faltos de caminos, los iban haciendo a medida que avanzaban. No fueron más osadas, ni emprendedoras las expediciones de los conquistadores.

Las inmensas selvas, generalmente vírgenes, que forman las riberas del Magdalena, con ser espesas, casi impenetrables en algunos puntos, son en extremo bajas y por lo mismo anegadizas. En muchos siglos de existencia, solo han resonado en su seno los espantables gritos de las fieras o los ruidos mortificantes de los variados insectos tropicales. Algo extraño debieron sentir al ser holladas por las atrevidas plantas de aquellos insurgentes en quienes no hacían nuela ninguna clase de incomodidades.

Trabajando todo el día, avanzaban hasta allí donde les faltaba luz, preparaban un frugal alimento con los propios víveres que cargaban, prendían hogueras y establecían el campamento. Cuando llegaban a un caserío, cercano a las orillas del río, demoraban allí lo escamente necesario para proveerse de mantenimientos y seguían por la nueva trocha que trazaban sus propios machetes. Desde luego llevaban sus propios vaqueanos y montadores que hacían la debida orientación; sin embargo, cuantas veces no tuvieron que rectificar vías mal calculadas, desandar grandes distancias y perder días de ímprobo trabajo!

Con tales dificultades llegaron al Caño de Morales y cayeron al río San Jorge. Empezaron a transitar por regiones no sólo amigas, sino abundantes de recursos, por poblaciones ricas como Majagual y Sucre. Desde aquel momento las dificultades estaban vencidas en gran parte.

El General Uribe Uribe, que como dijimos bajó el Magdalena, después del descalabro de la «Cuchilla del Ramo», llegó con no pocas dificultades hasta el puerto fluvial de Zambrano de donde pasó al Carmen, que atravesó por entre fuerzas enemigas y se acogió junto con sus Ayudantes, a una guerrilla liberal que actuaba para entonces en La Cansona, famosa posición cercana a la ciudad antes nombrada. De allí pasó a Sincelejo, cuya guarnición sorprendió, y luego se unió en Colosó a las fuerzas que mandaban los Generales Urueta y Camacho, quienes lo reconocieron como General en Jefe.

Después del desastre de «Tolúviejo», abandonada por Franco la fuerza liberal, esta se reorganizó en el «Alto de Colosó» nombrando Comandante General a Plácido Camacho; triunfó pocos días después en Mahates sobre el General Lácides Segovia que ocupaba dicha población, entró seguidamente a Calamar y apoderándose de una locomotora con sus respectivos vagones llegó hasta Turbaco, poniendo en consternación a Cartagena. De allí volvió sobre Sabanalarga, amenazando a Barranquilla. Fué allí donde el General Vicente Carlos Urueta se hizo cargo de la Jefatura en Jefe y donde se supo también la llegada del General Uribe Uribe a las Sahanas de Corozal.

Una vez reunidos a aquel Jefe, se dirigieron sobre Corozal, la plaza más fuerte y mejor guarnecida en el interior del Departamento. Un amago de ataque a dicha ciudad, permitió al General Uribe salir al encuentro de una fuerza respetable que, al mando del *mocho* Alvarez venía a reforzar aquella ciudad. El encuentro tuvo lugar en *Juan Gordo*, y después de un combate de horas, aunque hastante reñido, el triunfo favoreció a las armas liberales.

Esta victoria permitió al General Uribe volver sobre Corozal. Asedió esta plaza durante una semana, combatiendo de día y estrechando sus atrincheramientos en la noche, y al cabo los Jefes conservadores Bernardo Gonzalez Franco y Milciades Rodríguez, tuvieron que capitular con el Jefe liberal, entregando 700 rifles, Remington reformado en su mayor parte, y no escasa cantidad de municiones.

Con este triunfo la popularidad del General Uribe llegó a alturas inconmensurables en aquella región. Tal parecía que la revolución renacía de sus cenizas. Nunca había sido la fortuna más favorable a aquel Jefe.

Poco después tomó Uribe la plaza de Magangué, combatiendo con fuerzas de tierra a la par que con la flota fluvial del

Magdalena, y aún estableció negociaciones que no llegaron a fin alguno apreciable, con el entonces Comandante General del Atlántico, General Francisco J. Palacio y con el General Laureano García Rojas.

Fué en estos momentos propicios y de grandes entusiasmos, cuando llegó con su expedición el Gral. Herrera. Juzgó inmediatamente este Jefe que en el buen pie en que allí se hallaba el Gral. Uribe, el refuerzo que él llevaba le sería en extremo provechoso y obrando en consecuencia puso aquellos veteranos a las órdenes de su antiguo compañero de armas. Entre tanto él seguiría camino del Exterior a ventilar asuntos de importancia que había confiado a su discreción y a su tino político el Director General de la Guerra.

De Magangué el General Herrera siguió por tierra con veintiocho compañeros, para en tiempo oportuno caer a la orilla del río Magdalena y pasar al Departamento de este nombre y salir por Rioliacha al Exterior. Ningún tropiezo halló en el camino y pudo así llegar hasta el puerto de Eneas, donde contaba con las *canoas* y los *hogas* necesarios para hacer el paso del río con las personas que lo acompañaban, que eran 28 entre Jefes, Oficiales y ordenanzas como ya dijimos.

El Gobierno no podía ver impasible que se le escapara una tan buena presa como aquella. Desde que tuvo conocimiento de su llegada, en efecto, tomó todas las medidas del caso para ver de capturarlo. Destinó para el caso una fuerza relativamente respetable que siguió cuidadosamente la pista al atrevido Jefe liberal, y repartiendo espías por todas partes, pudo, a pesar de la abundancia del elemento liberal en aquellas regiones, ponerse al fin en la vía que había escogido para pasar el Magdalena.

Mientras se hacían los preparativos para el viaje, el General Herrera y los Jefes que le acompañaban se sentaron tranquilamente a almorzar a las 4 y $\frac{1}{2}$ p. m. Todos estaban contentos y decididos; dentro de poco podrían pasar el río cayendo a tierra amiga y fácilmente atravesarían el Departamento, por una zona absolutamente dominada por el General Darán; caerían a Rioliacha y ya estaban en el exterior sin ninguna dificultad pasando a Maracaibo. Sin embargo, el General Herrera, militar avisado como es, y siempre previsivo, no se sentó a la

mesa sin poner antes retenc en las entradas del poblado, con las escasas fuerzas que le acompañaban y a pesar de la seguridad que daban los vecinos de que no haba enemigo inmediato.

Tales previsiones le salvaron al par que le proporcionaron una nueva ocasi3n de demostrar lo grandioso de su valor heroico y su serenidad incontrastable.

Habían tomado apenas los primeros bocados, cuando se escucharon unos disparos; no había duda de que tenían al frente el enemigo. El General se levantó en el acto e invitó a sus compañeros a vender caras sus vidas. Aquella era una temeridad inaudita; eran como se ha visto muy pocos y los enemigos sumaban 92 hombres. Afortunadamente el valor sereno del General Herrera ten a nobles imitadores en Emilio López, Alfredo Peralta y los demás que le acompañaban. Todos, inclusive el General, tomaron sus carabinas y se apresuraron al combate.

Repartió en grupos de a tres aquel minúsculo Ejército, disparó en varias direcciones contra el adversario e hizo que su corneta de órdenes, que aún lo acompañaba, diera toques de carga por puntos diferentes. Así se hizo creer al enemigo que eran muchos los que le acompañaban y ¡cosa increíble! lo puso en vergonzosa fuga, perdiendo solamente a dos de sus fieles y valerosos ordenanzas muertos y varios heridos. El enemigo dejó en poder del Jefe liberal 11 prisioneros con 130 cápsulas y 30 y pico fuera de combate.

Comprendió inmediatamente que en aquellas circunstancias, el paso del Magdalena estaba sembrado de peligros y que lo más cuerdo era internarse por entonces, nuevamente en Bolívar, buscando territorio amigo, para esperar la ocasi3n oportuna. Puso inmediatamente en práctica su pensamiento, y mientras corrían en fuga de un lado sus perseguidores, él con los suyos tomaba por otro el camino de San Juan Nepomuceno, la tierra en que se meció la cuna de Diógenes Arrieta y en cuyos moradores es tan entusiasta, como era en el ilustre vate, el amor a la causa liberal.

Y era ya tiempo. No habrían andado una legua cuando los vapores del Gobierno atracaban al puerto de «Robles». Un

momento de espera habría perdido al ilustre guerrero y a sus bizarros compañeros.

En San Juan Nepomuceno pudieron descansar y de ahí se encaminaron a Mahates con cinco compañeros, donde permanecieron algunos días ocultos en una finca rural de un decidido amigo de la causa. De allí se dirigieron a la isla de Barú, a tres leguas de Cartagena, a esperar la oportunidad de embarcarse en algún vapor que los sacara de la Patria, para buscar fuera de ella los elementos necesarios para redimirla del espantoso yugo que pesaba sobre ella.

FUERA DE LA PATRIA

Descripción de Barú, la isla liberal por excelencia.—Trabajos de los liberales de Cartagena para facilitar la salida al Exterior del General Herrera y sus compañeros.—Su arribo a New York.—Sufrimientos en su embarque.—Contratiempos dolorosos.—La Sabana y el Sinú en poder de Uribe Uribe.—Actuación del General Pedro Nel Ospina.—Tras muchos combates estratégicos, Uribe se abre paso desde el Sinú hasta el Magdalena y se refugia en Riohacha.—Se encuentra allí con todos los Jefes de la Revolución.—El desastre.—Miserias del destierro.—Eficacia de las actuaciones del General Herrera en el Exterior.—Las guerrillas liberales.

La isla de Barú, que es de una regular extensión, entra como una cuña en la hermosa Bahía de Cartagena a la que no deja acceso, por lo mismo, sino por los estrechos pasos del estero de Pasacaballos y Bocachica, único paso practicable para buques de alto bordo. Sembrada en su mayor parte de cocoteros, sus habitantes se dedican generalmente a la marinería y viven tranquilos y felices transportando a la ciudad vecina sus apreciados cocos o yendo a las distantes costas del Golfo de Urabá en busca de productos naturales de exportación, como caucho, tagua, etc., etc.

El género de vida a que viven entregados, como que los predispone al amor a la Libertad de la que son celosísimos, y

de ahí, que en la isla, hombres, mujeres, niños y ancianos, son entusiastas liberales. No van sino pocos al combate, es verdad, pero siempre que la causa requiere sus servicios, en su calidad de marinos, se prestan a ello con voluntad y con desinterés. Son además en extremo hospitalarios y de ahí que no hay Jefe liberal que allí llegue, huyendo las persecuciones conservadoras, que no encuentre refugio seguro y cuanto la sencillez de sus costumbres tiene a manos para regalarlos. Su discreción es admirable: todos se hacen un deber ocultar la existencia de sus huéspedes a cuantos pudieran perjudicarlos, y de ahí que no se haya presentado el caso de que haya sido alguno descubierto, estando tan cerca Cartagena. Por eso pudo permanecer allí por algún tiempo el General Jesús María Lugo, en 1895, cuando era perseguido con saña por los sicarios del Gobierno, y en la presente guerra el General Herrera y otros Jefes de menor importancia, que han hecho pie allí para abrirse camino al Exterior.

Por las gestiones de la nobilísima dama la señora doña Emilia Navas de Santodomingo, quien el General Herrera se expresa siempre con elogio y gratitud, uno de los vapores que viajaban entre aquella ciudad y New York debería tomar a los proscritos en un momento dado, para lo cual debían estar apercibidos, saliendo a su encuentro en un *cayuco*. Varias veces al divisar un vapor que salía de la bahía, tomaron el celoso vehículo para salirle a su paso, y otras tantas tuvieron que volver desesperanzados a la isla, porque no era ese el buque convenido y pasaba por lo mismo sin hacerles caso; pero al fin, después de muchos días de angustias, de esperanzas y de desencantos, pasó el buque contratado por los amigos de la ciudad.

Pero en esos momentos esperaba un pesar al General Herrera. Había conservado a su lado a los Generales Emilio López y Celso Rodríguez O. y su fiel Ayudante de Campo Comandante Alfredo Peralta. Uno de sus más adictos ordenanzas que le acompañaban había tenido que dejarlo en tierra; pero suponía que sus amigos de Cartagena habrían pagado el pasaje para sus tres compañeros y se dirigió con ellos al vapor que puesto a la capa les arrojó una cuerda para que subieran. Peralta, como el más joven, subió de último; pero cuando ya llegaba a la borda del buque, el oficial yankee que los recibía, lo rechazó fuertemente, manifestando que sólo había arreglado pasaje para tres. El General Herrera sacó el dinero que tenía

en el bolsillo, \$ 16, 00 oro, y los mostró al oficial indicándole que pagaría con ello el pasaje de Peralta; pero en vano: este descendió al *cayuco*, la cuerda fué izada y el buque siguió su marcha, mientras los tres proscritos miraban con honda tristeza alejarse las costas queridas de la Patria y más que todo al apreciado compañero que quedaba poco menos que abandonado a su destino.....

Después de los combates de Corozal y Magangué, el General Uribe se apoderó con relativa facilidad de toda la sabana y de la rica región del Sinú, en la que, entre otros combates notables, dió los de Ciénaga de Oro y Montería, que son las poblaciones más ricas de esa comarca.

Libre en parte de cuidados en el interior del país, donde la Revolución para Noviembre de 1900 no contaba sino con guerrillas, el Gobierno pensó seriamente en la situación de la Costa y en especial en la de Bolívar, donde obraba un Jefe prestigioso como Uribe, y descargó sobre él fuerzas numerosas al mando del General Pedro Nel Ospina, secundado por los Generales Victor M. Salazar y Carlos E. Restrepo. Desde que estos Jefes conservadores pisaron territorio en Bolívar, la situación cambió notablemente y un cúmulo de circunstancias desgraciadas que no es del caso examinar aquí, dieron por resultado que, en un mes de combates diarios, el General Uribe abriéndose paso al Magdalena llegó a Riohacha en diciembre.

Antes que él había llegado el señor Director General de la Guerra. La situación era tan precaria para la Revolución, que no se pensó en otra cosa que en salvar los elementos que en el Magdalena había conservado el General Durán, y después de encaminarlos para el Exterior, tomaron igual vía los Jefes revolucionarios en la esperanza de conseguir nuevos elementos con que despertar una reacción favorable que llevara a la victoria al Partido Liberal.

Entre tanto el Gral. Herrera había llegado a New York. Llegaba a la metrópoli americana durante la inclemente estación del invierno, sin más capital que el que ya conoce el lector, sin otro equipaje que el vestido de campaña que llevaba puesto. Sus compañeros no iban en mejores condiciones. No de otro modo llegó Bolívar a las hospitalarias playas de Haití, cuando los desastres de 1814 y 1815 lo arrojaron del seno de la Patria. Pero a aquel como a este lo alentaba la esperanza y les daba vida la energía de su firme voluntad.

Solamente los que han sufrido los dolores horribles de la

proscripción; aquellos a quienes ha mortificado el insomnio en las interminables noches de una tierra extraña; los que han pasado a veces famélicos, la fiebre nostálgica que trae el recuerdo de los seres queridos, perdidos allá en las tristes lejanías de la patria distante, solos, y abandonados talvez a los espantables rigores de la miseria.... Ah! sólo esos pueden apreciar en su verdadero valor, las penas atroces que trae consigo el ostracismo.

El ruido de las grandes ciudades, el esplendor del lujo que pasa a nuestro lado como insultando los harapos que nos cubren, el rumor de la orgía que llega a nuestros oídos repercutiéndonos en el estómago, casi en autodigestión permanente; el eco de los espectáculos soberbios a los que nos es vedado asistir; el placer que sonre a nuestro alrededor mientras llora en sus interioridades el alma; todas esas tristezas, todas esas penas es necesario haberlas sufrido para saber apreciarlas.

¡Quién sabe cuantos tormentos de esa clase torturaron el alma del héroe de tantos combates, perdido como imperceptible átomo, en medio de aquel hervidero de seres humanos!

El General Herrerá pasó sin ruido en New York; excusó las *interview* de que tanto gustan los americanos, y alojado en algún hotel de 4^o orden, sólo permaneció allí el tiempo indispensable para tratar dignamente asuntos relacionados con la nueva campaña en que pensaba empeñarse. y en obtener de amigos decididos de la causa, los auxilios necesarios para trasladarse a Centro América.

Viviendo siempre con dignidad, pero con la más severa economía, recorrió una a una las capitales más importantes de los países centro americanos. Dondequiera encontró compatriotas entusiastas por la causa liberal o simpatizadores de ella, más o menos poderosos. A todos habló con moderación y con calma, hizo conocer las energías del partido, las conveniencias humanitarias de su triunfo; pintó con vivos colores los desfueros del régimen imperante, el retroceso del país, el descontento de los pueblos y la posibilidad de un triunfo que reclamaban fueros sacrosantos y exigía el espíritu en que se informan las democracias republicanas de la América. Y nada indigno salió de sus labios, nada prometió que no fuera la gratitud eterna del Partido Liberal hacia sus favorecedores, «ni una pulgada de su territorio, ni una piedra de sus fortalezas».

De Centro América pasó al Ecuador y después de ímproba labor de varios meses, en la que puso a prueba su laboriosidad, su constancia y su paciencia, consiguió lo que otros en mejores condiciones no habían conseguido: créditos en grande escala, respaldados con la confianza que supo inspirar con su palabra sobria, moderada y sobre todo, digna.

A pesar de las dificultades, el General Herrera consiguió en tanto necesitaba para operar la reacción que tan duramente se hizo sentir para el Gobierno del señor Marroquín en 1902: dinero, armas, municiones, y un buque de primer orden.

Jamás ningún revolucionario consiguió más que él fuera de su país, y esto con los bolsillos vacíos, sin ir precedido de *reclames*, con dignidad y sin ruido.

Ajeno a ruines egoísmos busca los elementos *en nombre del partido y sólo para el partido*, sin bajas emulaciones, que si para algo sirven es para entrabar el esfuerzo simultáneo de todas las voluntades hacia el fin común del triunfo de todos los ideales y con él, el aseguramiento de la prosperidad de la Patria.

Como se sabe muy bien que los personalismos repugnan al partido y son odiosos a la verdadera República, su labor en el exterior se encaminó siempre a avnar las energías dispersas, prescindiendo en absoluto de su propia personalidad. Por eso sostuvo siempre la autoridad reconocida del General Vargas Santos, como centro de la acción revolucionaria y como base indispensable de la disciplina partidarista, sin la cual fracasa todo esfuerzo.

Fué así como contribuyó eficazmente, directa o indirectamente, a la consecución de elementos para otros Jefes, en zonas distintas de aquella en que debía obrar por delegación especial del Director General de la guerra, y si sus generosos esfuerzos no dieron los resultados favorables que llevó siempre en mira, culpa no fué suya, sino de las desfavorables circunstancias que rodean siempre en tierra extraña a los revolucionarios, exitadas por los agentes del Gobierno que tratan de detrocar.

Casi todo el año de 1901 lo empleó en sus gestiones el General Herrera; pero nadie negará que la magnitud de los elementos conseguidos, en lucha desesperada con tantas contradicciones, guarda debida proporción con el tiempo empleado. Señalan, además, con caracteres imborrables, la energía de su voluntad y los altos quilates de su perseverancia.

El partido entre tanto no permanecía inactivo, seguro como estaba de la alteza de miras y del patriotismo de sus legítimos representantes en el Exterior, de aquellos a quienes había ungido el sufragio de la opinión popular.

El General Vargas Santos había ido a Casanare. Allí estableció debidamente el Gobierno, organizó un cuerpo de Ejército respetable y sacó recursos de alguna consideración que empleó más tarde en auxiliar la acción revolucionaria en diferentes partes, como en el Magdalena y en Cundinamarca, así también como en mantener en lo posible la unidad de los esfuerzos, por medio de activa y eficaz correspondencia con los diferentes grupos en armas; para lo cual buscó asilo en Curazao, donde permaneció bastante tiempo, ocupado en absoluto en servicio de la causa.

Los recursos que el señor Director General de la Guerra facilitó en distintas ocasiones al General José M. Castillo, Jefe de operaciones en el Departamento del Magdalena, contribuyeron en mucho al buen pie en que se encontró allí la Revolución y a hacer eficaces los esfuerzos de los patriotas que lucharon con tan buen éxito en aquella región, hasta el desgraciado combate de Riofrio.

Es de justicia reconocer que mientras hubo muchos faltos de fé, que abatidos por los desastres de 1900, cayeron en mortales desfallecimientos, el viejo patriota jamás desmayó, y cuando su avanzada edad debía convidarlo al reposo, y cuando las pocas ilusiones que a la vejez promete el porvenir, deberían ser excitante poderoso para el desencanto; cuando las ingratitudes cosechadas en una larga existencia consagrada con marcado interés al servicio de la Patria, debieran inducirlo a la indiferencia de reconcentrados egoísmos; cosa rara, él no vaciló nunca, sostuvo en alto el pendón liberal y llamando a los pueblos a la esperanza y a la fé, conservó vivo el espíritu revolucionario, mientras preparaba la saludable reacción.

Fué más que todo a la noble actitud del General Vargas Santos y al prestigio de su autoridad, que se debió el que, como a la voz de un conjuro, se poblaron de guerrillas liberales todos los ámbitos del país; guerrillas que mantuvieron en constante alarma al Gobierno; que produjeron hondas perturbaciones en su seno y que aún llegaron a compeler a muchos corifeos del poder, a declarar con franqueza loable, la impotencia del Gobierno para debelar la Revolución por otros medios que no fue-

ran los de las justas concesiones a un partido tan viril, que, lejos de amenguar, aviva sus energías en el infortunio.

Sin embargo la voz de la razón y los dictados del patriotismo, como que hubiesen huído del Palacio de San Carlos y tal parece que el espíritu del desacierto, de la destrucción y de la ruina se hubieran apoderado del señor Marroquín en aquellos tristes días. Así se explica que hubiera apartado de su lado los hombres más meritorios de su partido, para rodearse de aventureros sin conciencia, que traficaron con la sangre de sus hermanos con singular desvergüenza; así se explican las medidas de crueldad inaudita con que se distinguió, nada menos que salvajizando la guerra; así se explican las crueldades de las prisiones convertidas en lugares de inquisitoriales tormentos, la confiscación o embargo de las propiedades liberales; los decretos de guerra a muerte, en fin, que levantaron tantas protestas aún en el seno del conservatismo, y a que ha contestado siempre con su habitual magnanimidad el liberalismo, por ser ello propio de su índole generosa y en acatamiento a la autorizada voz de su Jefe, consignada en documentos públicos y privados del mismo tenor que el Manifiesto del General Vargas Santos.



Campañas del Cauca y Panamá

T U M A C O

La campaña en el Sur del Cauca. — Instrucciones precisas del General Herrera. — Campaña de la costa del Pacífico. — Las dos expediciones organizadas por el General Herrera. — Los Jefes. — Mala suerte de la expedición del sur. — Combate de Puerres. — Suerte infortunada del General Avelino Rosas. — Rasgos característicos de este Jefe. — Dificultades de la expedición de la costa del Pacífico. — Antecedentes. — Resultados. — La bahía de Tumaco. — Sus bellezas. — Combate y toma de la ciudad. — Parte del combate del Morro. Dos puertos seguros para la Revolución: Barbacoas y Tumaco puntos de escala para la campaña de Panamá.

Fruto de las labores perseverantes del General Herrera y base de sus posteriores, brillantes operaciones militares, fué la campaña que en el sur del Departamento del Cauca dió por resultado la ocupación de Barbacoas y de Tumaco.

Los desastres de la campaña de 1900 no fueron tan grandes que agotaran las energías ni apagaran, en el pueblo viril de aquella comarca, las nobles aspiraciones a la libertad y su persistente anhelo de derrocar el vergonzoso régimen implantado por la Regeneración.

Con los restos de los patriotas que había mantenido en alto el pendón liberal en el Cauca, el General Herrera tomó empeño en formar cuerpos de Ejército capaces de emprender la campaña desde el sur hasta el valle, y para ello con instrucciones precisas, preparó debidamente dos expediciones: una que debía obrar en la Provincias de Túquerres, Obando y de Pasto, al mando del General Avelino Rosas, y otra en la costa (Provincias de Barba-coas y de Mira) al mando de los Generales Sergio Pérez y Paulo E. Bustamente.

Una y otra expedición recibieron del General Herrera los elementos de guerra indispensables para iniciar una campaña provechosa, y en una y otra figuraron Jefes y Oficiales de mérito, probados ya en las penosas cuanto heroicas campañas del Cauca y del Tolima en 1900.

Circunstancias especiales, y muy particularmente la sujeción poco escrupulosa a las instrucciones recibidas y el no haber podido el General Herrera enviar los elementos indispensables, de un lado y derroches de temerario arrojo, exagerados en el Jefe, de otro, llevaron a fin desastroso la primera expedición que señalándose en Puerres con actos de valor extraordinario que serán siempre admirados, llevaron al martirio a su Jefe, General Avelino Rosas, cruelmente asesinado por las fuerzas vencedoras. De poco hidalga será siempre considerada la conducta del vencedor en presencia de aquel luchador que, cualesquiera que fueran sus defectos, era una gallardísima figura militar. Fanático de la Libertad fué Rosas a defenderla con su espada donde quiera que la vió amenazada por la tiranía. Su valor y audacia irreflexiva a veces, siempre serán admiradas e influirán en ánimos serenos, para absorverlo por cilo, de faltas que en él, más eran fruto de idiosincracias invencibles, defectos atávicos, que producto natural de los sentimientos que germinaban en su alma. Rosas, en efecto, era un temperamento que Lombroso habría clasificado entre los impulsivos; había en él mezcla extraña de mansedumbre y de fiereza, de altruísmos inverosímiles y de ruines egoísmos, transportes de patrióticos entusiasmos, en contraste increíble con delirios ambiciosos de aspiraciones cesaristas. De todos modos, Rosas era un carácter, que las corrientes modificadoras del tiempo y de las circunstancias habrían podido llevar a ser un poderoso elemento para el bien. Como militar, la nota dominante la determinaba en Rosas la vivacidad de su carácter. Gustaba de lo extraordinario, de lo teatral, a veces de lo trágico; tenía una especie de fascinación

por las actitudes que en la guerra, pudieran ser calificadas de artísticas. De ahí su superioridad como guerrillero, que obliga a las marchas rápidas e imprevistas, a los golpes de audacia, las situaciones teatrales que admiran a las gentes sencillas y los trágicos desenlaces que dejan en suspenso a los espíritus.

La expedición de la Costa del Pacífico fué más afortunada. Sus operaciones fueron coronadas con extraordinario éxito.

Organizados en puntos convenientes, luchando con climas insalubres, transitando por entre pantanos y manglares, donde parece hervir repartiendo gérmenes de muerte el implacable paludismo, los bravos expedicionarios abrieron campaña al mando de los Generales Sergio Pérez y Paulo Emilio Bustamante.

Desde junio de 1901 los patriotas cuanto gallardos luchadores, Pedro Ignacio Orizala y Jorge Enrique Gálvez ocupaban la importante población de Barbacoas y fueron sus fuerzas núcleo de importancia que aprovechó hábilmente el General Herrera al abrir su afortunada campaña en la que sus valerosos tenientes tanto se distinguieron por actos de valor y de audacia casi inconcebibles.

Fué esta una campaña verdaderamente heroica que como fruto del vigor, la energía y la certera dirección encarnadas en la primera espada del liberalismo revolucionario, hubo de devolver a la abatida causa el dominio de la hermosa isla y puerto de Tamaco y con él, el poderío en la costa del Pacífico.

En el fondo de saco que hacia el sur forma el dilatado golfo de Tamaco corre el río Mira que por diferentes bocas paga tributo al mar Pacífico. Sobre la ribera derecha del caudaloso río forman las mareas regulares del Oceano con los variados y caprichosos esteros, algo como un archipiélago limitado de un lado por el gran caño de Chilvi que desemboca en el Mira y que lo bañan de otro lado las plenas aguas del golfo. Dominando a un archipiélago imperfecto se destacan un tanto al nordeste las Islas de Tamaco y El Morro, con sus satélites La Viciosa y Quesillo, que no es más que un cayo rocalloso y estéril. Encerrado por estas islas, casi en estrecho semicírculo se hacen notar en el archipiélago los puntos nombrados Cocal, Buerrero, Bella Vista, Pajal, Pindo y el Bajito: puntos salientes de aquellas feraces regiones donde medra con lujo de vegetación la planta

tropical que en urnas de coral cuaja su almendra, según la expresión del poeta.

Tal fué el teatro de los brillantes sucesos militares que vamos a narrar y que fueron base de la interminable carrera de triunfos que hicieron admirar de propios y extraños al invencible Ejército del Cauca y Panamá, que cubrieron de gloria imperecedera a su ilustre conductor, el benemérito General Benjamín Herrera.

A los preparativos consiguientes deb'a seguir el acto decisivo que pondría en ntesteo poder la hermosa isla, que, desde aquel momento quedó poco menos que en estado de sitio.

Como emergiendo del suave lapizlázuli de las aguas, como reina del mar cuajada de esmeraldas se alza TUMACO del seno de aquella bahía cuya perenne serenidad apenas turban las frecuentes borrascas del mar de Balboa. Allí los enhiestos cocoteros levantan coquetamente su penacho de verdura y la fertilidad del terteno que asegura la abundancia convida con el aire tibio cargado de perfumes marinos que lo bañan, a los dejos de la molición y a los no soñados encantos de voluptuosidades orientales. Los hermosos panoramas que ofrece a la vista Tumaco como que traen invenciblemente a la memoria los encantos de la misteriosa Isla donde la hermosa Calipso retuvo con múltiples halagos al infortunado rey de Itaca.

Pero contraste singular, all donde la naturaleza es tan pródiga de bellezas, que parecen amortiguar las energías al par que con la eterna alegría se multiplican los placeres, en el ingenuo entusiasmo de sus hijos hallan los ideales de libertad ardientes y decisivos servidores tan vigorosos para la lucha, como son de apropiados para los placeres y los transportes arrebatadores de estruendosas alegrías.

Tal fué el teatro en 1900 de notables hechos de armas favorables unos y adversos otros a la Revolución, hasta que en octubre de 1901 los sublimes asaltos del 16 de ese mes hicieron morder el polvo a los dictatoriales y levantaron en alto el estandarte rojo de leales defensores del honor de la patria encarado en el Liberalismo.

Desde entonces Tumaco quedó en poder de la Revolución. Los Generales conservadores Alfredo Vasquez Cobo y Enrique Palacios lo habían abandonado y señoreaban en él el bizarro General Bustamante y sus heroicos compañeros de las épicas

campañas del Tolima y el General Sergio Pérez, Jorge Enrique Gálvez y demás denodados luchadores del Cauca.

Como punto de capital importancia debía tomarse en primer término el Morro, llave puede decirse de Tumaco y tal fué el principal empeño de nuestros expedicionarios que lo cumplieron con satisfactorio éxito como puede verse por el siguiente parte:

PARTE DEL COMBATE DEL MORRO

«República de Colombia. — Departamento del Cauca. — Ejército del Occidente. — Estado Mayor General.

El Bajito, Septiembre 28 de 1901

Al señor General Comandante del Ejército. El Morro.

Cumplo con el deber de dar a ustedes parte de las operaciones ejecutadas por los diferentes cuerpos de este Ejército en desarrollo del plan de ataque presentado por ustedes y aprobado en Junta de Jefes en el Descolgadero, el cual dió por resultado la ocupación del «Morro» por nuestras fuerzas después de un combate que si es página gloriosa para los Jefes distinguidos a quienes tocó en suerte librarlo, es también jornada memorable por la trascendencia que ella tiene, como principio de la era de triunfos en este supremo esfuerzo del Liberalismo por la reivindicación de sus derechos.

“Consistió el plan en un ataque estratégico, simultáneo sobre todas las posiciones del enemigo de Tumaco, La Viciosa, y El Morro, aunque sólo verdadero sobre el último de estos puntos, baluarte importantísimo y llave de ellas, defendido por un cañón, fuertes atrincheramientos y 250 hombres, cuya toma fué encomendada al Coronel Jorge E. Gálvez D., quien mostró con el brillante éxito alcanzado, cuan merecedor es de la confianza honrosa depositada en él; y ha probado, una vez más, su valor y pericia y la estricta exactitud en el cumplimiento de órdenes superiores.

“Para realizarlo se ordenó el 25 del presente, por este E. M. Gral., que el señor Comandante General de la 1ª División pusiera a sus órdenes, con 100 hombres del Bon. «No. 1º de Cundinamarca» y 100 del «No. 1º del Cauca», a los señores Coronel Modesto Solari y Valerio A. López, Comandante Elic-

cer Góngora y Lucindo Valderrama, Mayores Alejandro Mosquera, Francisco Angulo, J. Plinio Olivares y Miguel A. Pérez, dignos colaboradores de Gálvez.

“El día 25 se ocupó en movilizar el Ejército de sus campamentos de «Descolgadero», «Vaquería» «Aguaclara» etc., para converger a un mismo tiempo y por distintas direcciones sobre Tumaco.

“Mientras el General Diaz Morkum, Comandante de la 1ª División, ordenaba el desfile de los Batallones y la 1ª Brigada de Artillería de ella hacia el punto de San Jorge, frente a la isla de El Morro, el Bon. Boyacá y la 4ª Compañía del No. 1 del Tolina con los Coroncles Pedro J. Arizala M. y Ramón Bendía C., 1º y 2º Jefes de la 2ª División, marcharon hacia Campoalegre, El Pinto, y El Pajal, y el Bon. con su Comandante Justo Ortiz R., y un cañón, el Ayudante General del Ejército, Coronel Rafael Santos, y este Estado Mayor General avanzamos por el brazo de El Mira a ocupar El Bajito. A las primeras horas de la madrugada cada uno estaba en su puesto y prestos para romper los fuegos sobre el enemigo a una señal convenida.

“La Comandancia General con todos sus Ayudantes y una pieza de artillería bajo la dirección del Capitán Octavio Remón se situó en Bellavista.

“El Coronel Gálvez con sus 200 valientes aguardaba en San Jorge el momento oportuno para hacer el paso a El Morro aprovechando la caída de la luna. A las 4 a. m. favorecidos un tanto por la oscuridad y la lluvia, pudo felizmente el atrevido Jefe verificar el paso de la bahía de Tumaco, de una extensión no menos, en aquel punto, de 15 cuadras, en desfilada de 22 canoas, y tomar la orilla del manglar un poco abajo de la casa del señor Felipe Sierra. Pasó de largo la bocanada del estero del Caimito y al encontrar tierra firme ordenó el desembarco bajo los fuegos del enemigo que se previno por el grito de alarma del centinela, que defendió bizarramente aquel punto; pero todo esfuerzo fué inútil: nuestros soldados, animados por Jefe como Solari López, Góngora, Valderrama, Mosquera, Oliveros, Angulo y sus bravos oficiales, pusieron pié en tierra y aquel empezó a perder terreno. En este momento ocurrió la herida del Comandante Elicer Góngora, Jefe del Bon. «Cundinamarca», desgraciado acontecimiento que privó a sus compañeros de su importante colaboración en el resto de la acción.

“Al sentir los primeros disparos en El Morro se rompieron los fuegos de artillería y fusilería en toda la línea de batalla

sobre Tumaco; y al mismo tiempo lo rompieron Arizala y Buendía de «El Pindo» y «El Pajal» y Ortiz y los suyos y Valderrama con la primera pieza de artillería, desde El Bajito, avanzando nuestros soldados y amenazando lanzarse sobre las trincheras del enemigo.

“Una vez Gálvez en tierra ordenó la toma de la primera casa, en donde el enemigo tenía una pieza de artillería custodiada por una Compañía a órdenes del Capitán Rafael Trujillo, orden que fué cumplida exactamente, cayendo pocos momentos después Trujillo muerto y cañón y artilleros en nuestro poder. Inmediatamente ordenó Gálvez, como hábil medida de previsión, llevar este primer trofeo a San Jorge.

“De ahí en adelante con este 2º golpe, el enemigo siguió dando fuego en retirada hasta sus atrincheramientos en la casa y fincas del señor Marcos del Castillo. Seguros se creyeron en sus barricadas, pero allí los machetes de Valderrama, Mosquera, Oliveros, Amézquita y los de nuestros soldados coronaron el triunfo.

“El enemigo tuvo en este punto más de cuarenta muertos, entre ellos los Capitanes Remigio Riascos y Liberato Cortez y muchos heridos y prisioneros.

“Dueños ya de todas las posiciones que por esta parte ocupaba el enemigo, y reforzados con 30 hombres que condujo el Mayor Miguel Angel Pérez, quien había quedado lleno de impaciencia por participar del furor del combate en cumplimiento de importante comisión, procedieron a ocupar todo El Morro, lo que pudieron ocupar sin inconveniente, pues el resto del enemigo se había desbandado lleno de terror y algunos alcanzaron a pasar a Tumaco, no sin ser destrozados por los nutridos y certeros fuegos de la 1ª División, que impidieron a muchos el paso.

A las 9 de la mañana el triunfo había coronado los esfuerzos de los intrépidos asaltantes y vimos en la cumbre del cerro ondear la bandera roja, señal convenida de antemano, que fué saludada en toda la línea de batalla con dianas y vivas a los vencedores de El Morro.»

Bajo tan favorables auspicios comenzaba su nueva campaña el General Herrera. Con la toma de Tumaco, la nave con que señorearía el Pacífico y fruto de sus hábiles y dignas gestiones en el Exterior, tenía desde ese momento un puerto seguro donde echar sus anclas, y el nuevo Macabeo que debía redimir a su pueblo, un pedazo de tierra donde hacer pié para emprender la libertadora cruzada.

EN EL MAR DE BALBOA

Vuelta a la Patria. -- El Almirante Padilla. -- Llegada a Tumaco. -- El Manifiesto. -- Alocucion -- Campaña de Panamá. -- Las guertillas. -- Domingo Díaz y Belisario Porras. -- Jefes itsreños. -- La Gorgona. -- Contratiempos. -- Borrasca marina. -- Serenidad del General Herrera. -- Llegada a Búcaro.

En noviembre de 1901 estuvo en aguas colombianas el vapor que había conseguido el General Herrera en el Exterior y al que puso por nombre «Almirante Padilla», en memoria del notable patriota a quien sus brillantes victorias en el mar le merecieron el calificativo de «Nelson colombiano.»

Después de un año de ausencia volvía el héroe a la patria repleto de esperanzas y como que retemplada su alma con las penas del destierro, los desencantos que había sufrido y las molestias consiguientes a la vida del revolucionario que va a buscar asilo en tierra extranjera.

Después de practicar varios reconocimientos en la Costa, hizo circular profusamente y cuanto le fué posible el notable Manifiesto en que anunciaba su campaña; documento político de la mayor importancia, ya porque fija muchos puntos de doctrina que el partido habrá de tener en cuenta en el porvenir, ya porque con la más bella sencillez dá cuenta en él de sus labores en el exterior, haciendo brillar la sinceridad y la buena fé de sus procedimientos, sin abdicaciones indignas, ni promesas indebidas.

En diciembre echaba anclas en el puerto de Tumaco, el «Almirante Padilla», acompañado de varios veleros capturados en la costa del Cauca.

Ya podrá suponerse el entusiasmo que tan fausto acontecimiento produciría entre los moradores de aquella isla encantadora. Vistió la ciudad con sus más ricos atavíos, resonaron por donde quiera las músicas marciales y tanto el esperado buque como el heroe que llevaba a su bordo, fueron saludados con salvas y con los trasportes de la más frenética alegría.

El General Herrera por su parte, saludó a los gallardos defensores de la isla con una concisa, pero decidora Alocución que despertó el mayor entusiasmo.

También el Jefe del 1er. Ejército del Cauca, General Sergio Pérez proclamó a sus soldados y subordinados de una expresiva manera.

Desde luego pensó el General Herrera abrir campaña en el Istmo de Panamá, yendo en persona a reforzar con una expedición de caucanos, la que estaba desde octubre en dicha región al mando del doctor Belisario Porras, nombrado por aquel Jefe Civil y Militar del Departamento.

Después de la capitulación del 26 de julio de 1900 varios patriotas istmeños habían mantenido vivo el espíritu revolucionario por medio de guerrillas; más o menos numerosas, que mantuvieron en constante alarma al Gobierno, impotente siempre para esta lucha, que duró más de un año: Manuel A. Noriega, Victoriano Lorenzo, Heliodoro Vernaza, Antonio Papi Aizpura y Juan Goytia.

Fué en el personal que habían tenido en armas estos Jefes liberales en el que encontraron eficaz apoyo las dos expediciones que en septiembre y octubre de 1901 desembarcaron en el Istmo, una por el pacífico, al mando del señor don Domingo Díaz, personaje liberal panameño de respetable posición social y reconocida caballerosidad y honradez; y otra por el Atlántico, al mando del doctor Belisario Porras, bajo los auspicios del General Herrera.

Mientras se cumplían estos sucesos, ya hemos visto en qué se ocupaba el distinguido Jefe. En Tumaco pudo reunir 1200 hombres escogidos que armó con los elementos que llevaba en el «Almirante Padilla», y emprendió viaje para el Istmo.

Para efectuar debidamente el transporte tuvo necesidad de hacer escala en la isla Górgona, la que a mediana distancia de

la costa del «Cauca» se halla situada entre Buenaventura y Tumaco. A dicha isla llevó en dos partidas la expedición para de allí hacer rumbo hacia el Istmo.

«Esta memorable expedición no era un misterio, sino por el contrario, venía seguida en todos sus pasos desde que el General Herrera salió de Guayaquil para el Salvador en septiembre del mismo año (1901), y de este último país para Tumaco a bordo del «Almirante Padilla» en noviembre.

«Sabido de todos, pues, que la expedición sobre Panamá llegaría de un momento a otro, era natural suponer que esa ciudad y sus extremidades estuvieran perfectamente apercebidas para la defensa, con un ejército numeroso, veterano y prestigiado por sus recientes triunfos sobre los expedicionarios de Chama, a lo que se agrega que tenía a su frente al General Albán, jefe activo, valeroso y de dotes militares no comunes, que disponía de cuantiosos elementos.

«Estas consideraciones las habría tomado en cuenta cualquier otro jefe menos experto que el General Herrera, y ninguno hubiera intentado en los primeros días del arribo, el definitivo ataque a la ciudad de Panamá, sin que su intento hubiera sido calificado como «aventura de recluta», o como un acto temerario. Y sin embargo, ¡irrisiones de la suerte! en el caso concreto, cualquiera intentona habría sido coronada por el éxito, que es juez inapelable de los sucesos militares, aunque la ignorancia del arte y la misma cobardía los hayan presidido, como a menudo acontece en estos certámenes de matanza y exterminio.

«Culpa fué de los liberales —que seguramente los habría dentro de la ciudad — a quienes el temor o la desidia no permitieron llenar un deber elemental de patriotismo y aún de interés personal, enviando un aviso al General Herrera de la situación de la ciudad y de sus cercanías, que así se hubieran evitado tantos males para unos y otros, y desde los primeros días del año de 1902 habría flameado en las murallas de la ciudad mártir, el pabellón restaurador. Cosa increíble, hasta muchos días después, y cuando llegaron al Gobierno refuerzos considerables, fué cuando en el campamento liberal se supo, que en los días del arribo de la expedición, la ciudad no contaba sino con 300 hombres de guarnición en ninguna manera apercebidos para la defensa, pues el grueso de las fuerzas dictatoriales, estaban en el interior del Istmo persiguiendo las que acaudillaba el jefe civil y militar doctor Belisario Porras, que comandaba el

General Lorenzo, y de cuyo paradero nada había podido saber durante diez días el General Herrera, lo cual constituyó en esos primeros días el objetivo de sus pesquisas: o incorporar esas fuerzas a la expedición, y cerciorarse de su seguridad y de que en un momento dado, entraran a obrar eficazmente al plan de operaciones que por el pronto se formara».

F. F. Noriega y Gustavo Pradilla H.—«Campaña de Panamá».

Las razones apuntadas y otras de menor importancia, determinaron el rumbo que tomó la expedición y que veremos en seguida.

Días de tortura y de suprema angustias; de contratiempos y de dificultades fueron aquellos a que la fuerza de las circunstancias obligó a los expedicionarios. No hubo pesar que no torturara el alma del General Herrera en aquellos días terribles. Escasearon los víveres hasta empezar a sentirse los tormentos del hambre; el agua fué preciso que se limitara a determinadas horas o a restringidas cantidades su consumo, y para que nada faltara, azotaron al mar las tormentas y escaseó en parte el combustible.

Una noche sufrieron tan espantosa borrasca que se reventaron los cabos de los remos; extravióse el vapor «Cauca», dominado por la corriente y estuvo a punto de sufrir averías el propio «Almirante Padilla» porque apenas podían sostenerlo sus anclas poderosas.

El General Herrera, aunque desacostumbrado a la vida marinera, se embarcó en una chalupa a secundar la labor de los Mayor Capitán José Laugier y de Enrique Gómez que habían salido en busca del «Cauca». En medio de las tinieblas de la noche más oscura que pueda imaginarse, expuesto a naufragar por la agitación de las olas, vagó sobre aquel mar que le amenazaba con llevar en un momento al abismo el fruto de tantos meses de labor, y a fuerza de valor y perseverancia, venció el furor de las olas, domó como con mano de hierro la fortuna, y cuando las claridades del nuevo día iluminaban el horizonte ilimitado del mar vuelto ya a la placidez y a la calma, había recogido los buques dispersos y devuelto el valor y la esperanza a los que ya se contaban por perdidos.

Cinco días de cama costó al General Herrera este esfuerzo; pero las satisfacciones del deber cumplido, serían más que lenitivo, bálsamo consolador para dolencias tan noblemente adquiridas.

Pasados estos contratiempos la expedición llegó a *Búcaro* al amanecer del 24 de diciembre y gracias a que, a tiempo, pudo descubrir que el extranjero que servía de Capitán llevaba rumbo a Centro América y no al Istmo, a donde se le obligó a poner rumbo, llegando al punto enunciado en lugar de uno más próximo a Panamá como habría querido el Jefe de la expedición.

—

T O N O S I

En tierra del Istmo. -- Proclama a los istmeños. -- La noche buena. -- De Búcaro a Tonosí. El ataque. -- Heroica resistencia. -- Obsecación. -- Combate desigual. -- Héroes anónimos. -- Boceto del General Bustamante.



El primer paso estaba dado. Ya en tierra del Istmo los expedicionarios, todos sus esfuerzos se dirigieron a abrirse paso a lugares más benignos y más pródigos para incorporar las fuerzas de Porras, Lorenzo y emprender en firme la campaña libertadora. En Chame el General Herrera dirigió una proclama a los istmeños.

En Búcaro tuvieron noticias fidedignas de que en Tonosí había una fuerza del Gobierno, cuyo número no fué bien precisado por entonces; pero que sí podía estorbar las operaciones que debían emprenderse. Inmediatamente dispuso el General Herrera que fuera a atacar dicha fuerza el General Bustamante con 150 hombres que éste escogió entre los expedicionarios.

La noche que el orbe cristiano llama *buena* por ser la que precedió al día del nacimiento del Salvador, la empleó el General Bustamante en recorrer la distancia entre Búcaro y Tonosí. Al llegar a un cerro situado antes del río mandó a hacer alto para allí dictar su plan de ataque.

Era la alta madrugada. Horrible oscuridad se extendía aún por todos los contornos, cuando aquellos 150 hombres que acabados de pisar tierra y despues de haber caminado toda la noche, se aprestaban para combatir en un terreno que

que les era absolutamente desconocido; pero los dominaba tal entusiasmo que no parece que tomaran en cuenta para nada los peligros a que iban a exponerse.

El General Bustamante dividió su gente en tres partidas de a 50 hombres, una al mando del Comandante Justo R. Ortiz, otra al mando del Coronel Benjamín Quintero y la tercera que mandaría él personalmente. Estas tres partidas que marcharían por distintas direcciones debían rodear en silencio la población de Tonosí y esperar las claridades del día para intimar la rendición a las fuerzas del Gobierno que ocupaban una de las casas de la plaza. Quería el General Bustamante evitar un estéril derramamiento de sangre, desde luego que tuvo oportuno conocimiento de que las fuerzas dictatoriales eran numéricamente inferiores a las suyas. Desgraciadamente, por motivos ajenos a su voluntad, no le fué posible realizar sus buenos deseos, como más adelante veremos.

En efecto, el guía que acompañaba al General Bustamante, trocó lastimosamente las señas que dió a éste acerca de la situación del cuartel, y lo condujo tan mal a través de las sombras, que cuando menos lo pensaba se encontró con su gente dentro de la plaza del pueblo y enteramente al frente del cuartel enemigo de donde le saludaron con una descarga. El experto Jefe se hizo inmediatamente cargo de la situación, ordenó a sus soldados, que afortunadamente no sufrieron daño alguno, que se acostaran, y a gatas, casi arrastrándose como reptiles, salieron de la plaza sin contestar el fuego enemigo.

El tiempo que faltaba para aclarar lo empleó el General Bustamante en situar convenientemente su gente, de modo que a las primeras luces del día ya la población estaba completamente rodeada y como sitiados en el cuartel sus defensores.

Era el día de Navidad, que amaneció alegre y fresco como suele serlo siempre en los países tropicales donde son desconocidos los rigores del invierno. La fuerza gobiernista permanecía perfectamente atrincherada y como resuelta a aceptar el combate. En el campo revolucionario reinaba el silencio, tal como el Jefe lo había ordenado.

La estrechez del poblado y la poca distancia que separaba a los dos adversarios, dió ocasión para que el General Bustamante, parapetado detrás de una carreta, frente al Cuartel de los sitiados, les gritara con fuerza:

— Señores, somos muchos y están completamente rodeados, ríndanse y obtendrán toda clase de garantías.

Una descarga cerrada fué la contestación que obtuvo el Jefe liberal, quien no obstante esto, les hizo nueva intimación para que se evitara así el derramamiento de sangre; pero nueva descarga que destrozó en parte la carreta, fué la respuesta que obtuvo inmediatamente.

Desde aquel momento algo como la febril agitación de la impaciencia y de la cólera corrió nuestro campo, y el Jefe liberal aceptó la lucha a que se le obligaba, lucha que rehuía solamente porque sentía una especie de repugnancia de caer con superioridad numérica extremada sobre aquel grupo de obstinados.

Pero aquella obstinación era como un reto audaz a su valor tantas veces probado en esta larga lucha, y fué desde luego aceptado en el acto.

Tomó sólo diez hombres para que lo acompañaran y con rapidez vertiginosa llegaron a las puertas del Cuartel que con pocos esfuerzos fueron derribadas. Una descarga que no les hizo daño, los recibió a quemarropa. Siguió entonces lo trágico, lo apenas descriptible, la lucha cuerpo a cuerpo, a tornillazos y a machete. El Comandante Ortiz que llegó en aquellos momentos a la plaza fué muerto de un balazo y el Coronel Quintero herido en un brazo.

Ciegos de ira los impetuosos caucanos con la muerte de Ortiz, Jefe muy querido entre ellos, se lanzaron con tal furia al Cuartel que detenerlos habría sido más peligroso e imposible que detener el alud que descende de las alturas en los días de deshielo. Fué horrible lo que siguió entonces: a los golpes tremendos de los afilados machetes caían aquí y allá los miembros palpitantes, rodaban por el suelo los troncos inertes y corría como a torrentes la sangre.....

Ah! la guerra! ¿Hay nada más horrible que la carnicería que trae consigo?

Los que defendían el Cuartel no eran más de 50; pero se batieron con tal desesperación, con tal brío, que la propia temeridad de su resistencia fué causa de su pérdida. Su Jefe de apellido Forero, demostró en aquellos momentos de lucha sangrienta y desastrosa, un valor tan grande que llamó la atención del Jefe liberal, quien hizo esfuerzos supremos para evitarle la muerte a aquel valiente, pero tales esfuerzos fueron baldíos desgraciadamente. Entre aquel caos de pasiones nada valió el

temerario de aquellos infelices, de los que sólo se salvaron seis gracias a esfuerzos inauditos del General Bustamante y del Coronel Quintero, quien a pesar de lo mucho que sangraba su herida, se interpuso valerosamente entre los combatientes para ayudar a su Jefe en la humanitaria tarea.

El General Bustamante tenía para entonces 34 años. Es antioqueño, con todas las energías de esa raza vigorosa, pero sin las volubilidades de su espiritualismo. Tiene el General Bustamante cierta seriedad prematura, cierto amor a lo práctico y poca propensión a lo festivo que es difícil descubrir en él al conocido tipo maicero que tanto se distingue por su verbosidad interesante, el fácil juego de palabras y la oportuna aplicación de los epítetos, mezclada a la exageración andaluza que le es peculiar. Hay en él cierta rudeza genial que lo hace repulsivo en los primeros momentos; pero que es siempre manifestación externa en contradicción con íntimas bondades. Es de corteza dura y corazón blando; que dice el General Herrera.

Es infatigable. Trabaja de día y de noche con tesón tan grande que admira la enorme cantidad de asuntos que despacha en el corto espacio en que los más apenas tienen para empezar uno solo. En los momentos difíciles se multiplica al infinito; da órdenes diversas y él mismo ejecuta aquellas en que se confunde con sus propios ordenanzas. Así cuando se trata de una marcha, por ejemplo, no se contenta con dar órdenes a sus subordinados, sino que él mismo se apersona del asunto: él mismo arregla las cargas de parque y atiende a todo, aunque sea brabeando, para que nada falte.

No ha conocido el poder. Espíritu esencialmente revolucionario, su escuela ha sido la de nuestras desgraciadas guerras intestinas. De edad de 17 años, en 1885, abandonó la casa paterna para ir a tomar plaza entre los revolucionarios del Cauca. Había ascendido a Sargento cuando fué herido y prisionero en Cartago de donde fué llevado a las prisiones de Cali. Tal fué su bautismo de sangre.

Cuando fué restablecida la paz, fué puesto en libertad, visitó la Capital de la República, viajó por Cundinamarca y el Tolima, donde se distinguió como trabajador, activo, perseverante y metódico, hizo fortuna y formó un hogar respectable y dichoso. Es un hijo de sus obras.

En 1895 tomó parte en la infortunada rebelión de aquella época. Combatió en el Tolima y en los Llanos de San Martín,

y cuando ya la revolución había fracasado con el desastre de Enciso y la entrega de Capitanejo, todavía él daba combates y triunfaba en Uribe de fuerzas del Gobierno.

Pero sobre todo es en la última guerra donde más se ha distinguido el General Bustamante. Desde un principio se pronunció en asocio de Nicolás Buendía y Plácido Serrano en la hacienda de «Tarpeya» propiedad del último y formó uno de los núcleos más respetables que encontró allí el General Aristóbulo Ibáñez, cuando fué de Jefe de Operaciones en aquellas regiones. En la notable batalla de «Marco», Bustamante obtuvo un triunfo extraordinario, tomando al Gobierno 800 hombres con sus armas y considerable cantidad de municiones.

Sabido es de todos el heroísmo admirable de que dieron sobradas pruebas en esta guerra los luchadores del Tolima. Sin armas casi, y mucho menos municiones, se sostuvieron allí sin embargo, con ejemplar tenacidad, arrebatando con golpes de audacia los elementos necesarios al propio enemigo. Por eso quien ha luchado en el Tolima ya tiene desde luego conquistado para el liberalismo el título de héroe.

Después del desastre de Tibacuy, aún permaneció luchando el General Bustamante. Las numerosas fuerzas que llevó al Tolima el Gobierno, obligaron al fraccionamiento de los liberales; pero aún así, venció el General Bustamante al General Muñoz, que mandaba 600 hombres en «Perico».

Marchando paralelamente con fuerzas que mandaba el General Toribio Rivera, río de por medio, cuando saliendo de Aipe se dispuso a ocupar a Neiva, Bustamante sorprendió a aquel en el paso de La Vega, lo puso en derrota y ocupó la ciudad como lo desaba, tanto más cuanto que allí tenía el hogar de su familia.

Unióse después al General Caicedo, Jefe de mucho prestigio y valor, a quien reconoció como Superior sirviendo él como segundo. Juntos pasaron al Departamento del Cauca, y dieron a su paso los sangrientos combates en que salieron vencedores: «Carnicerías», «Paicol», «Pedregal» y «Los Cauchos», de donde pasaron a ocupar a «Silvia»,

El desastre de «Calibío», ocurrido pocos días después, dió por resultado la disolución de aquel cuerpo de Ejército. Caicedo volvió al Tolima, mientras Bustamante con la mayor parte de sus compañeros pasó a la Costa del Cauca, donde le tocó asistir a la pérdida de Tumaco en diciembre de 1900.

Entonces se fué al Ecuador de donde volvió al país a desem-

peñar la Jefatura de E. M. del Ejército del Cauca, que al mando del General Sergi6 Pérez, rescat6 a Tumaco y Barbacoas como ya lo hemos dicho anteriormente.

Al lado del General Herrera desempeñ6 Bustamante el puesto de Sub - Jefe de E. M. Generalísimo del Ejército Unido del Cauca y Panamá, donde por su actividad, su celo y su valor fué considerado por aquel como uno de sus más útiles colaboradores.

La experiencia de esta última guerra, ayudada por los estudios militares a que es muy dado Bustamante, con el natural suavizamiento de su genio explosivo que le dan los años, hacen de él, sin duda alguna, uno de nuestros mejores militares del porvenir.



EL LAUTARO

Después de Tonosí. -- Días de angustia e incertidumbre. -- Las guerrillas de Belisario Porras y Victoriano Lorenzo. -- De La Negrita a Penonomé. -- Incorporación de las guerrillas del Istmo. -- Situación de Panamá. -- Albán propone a Herrera un canje de prisioneros que se lleva a efecto. -- Gestiones con Chile sobre posesión del vapor de guerra "Lautaro". -- Albán se apodera de él manu militari. -- Combate naval. -- Hundimiento del "Lautaro". -- Reminiscencias históricas. -- Boceto del General Carlos Albán.

Días de dolorosa expectativa siguieron al combate y ocupación de Tonosí, en razón a la ignorancia completa del paradero de las fuerzas que actuaban al mando del Jefe Civil y Militar del Departamento. El General Herrera despachó tres postas con el objeto de comunicar a Porras la noticia de su desembarco y conocer su situación. De estos postas sólo logró llegar oportunamente el infortunado Capitán Vicente Cifuentes, viejo patriota caucano en extremo diligente, que prestó muy útiles servicios y murió desgraciadamente en «El Cristo», después de la rendición de Aguadulce en agosto de 1902.

El tiempo que otro hubiera malgastado en imprudentes aventuras o en indolente espera de luces de orientación — dicen Noriega y Pradilla — él [Herrera] lo multiplicó con atinadísimas diligencias ignoradas aún de sus mismos compañeros, y en afianzar la disciplina de sus tropas, así como en organizar nuevos batallones, lo que en un principio fué difícil, a pesar del valor

trianfo de Tonosí; pues parecía que el sentimiento revolucionario había muerto en el Istmo.

Qué había pasado con las fuerzas de Porras y Lorenzo? Retiradas a La Negrita, el Gobierno situó destacamentos en Penonomé, Chame, Capira y La Chorrera con el objeto de rodear a los revolucionarios; operación desde luego imposible dada la topografía del terreno ocupado por aquellas fuerzas. Pero al tener noticia el Prefecto de Los Santos de la ocupación de Tonosí, comunicóse rápidamente con el Jefe de Aguadulce, quien a la vez dispuso la concentración en dicha plaza de todas las fuerzas dictatoriales, y la consiguiente desocupación de las plazas anteriormente nombradas.

Tuvo oportuno aviso el doctor Porras de los movimientos del Gobierno y esto lo hizo sospechar la llegada del General Herrera, por lo que se trasladó a Penonomé a donde el Capitán Cifuentes le llevó la confirmación de su sospecha.

El General Herrera se trasladó pocos días después a la albuja de Anton donde embarcó las fuerzas de Porras que llevó a Tonosí para reunir las en un solo cuerpo de Ejército con los expedicionarios caucanos. A dicho puerto llegó a poco el vapor de la marina americana «Philadelphia» llevando a su bordo el Cónsul americano en Panamá, con la misión de proponer al Jefe liberal, a nombre del General Carlos Albán, un canje de prisioneros, y se convino que en la bahía de Anton se llevarían a cabo las negociaciones en tal sentido.

En esos mismos días recibió el General Herrera noticias de la situación de Panamá, en cuyo recinto apenas tenía 300 hombres el Gobierno, aunque esperaban refuerzos por Buenaventura y por Colón.

El día 15 de enero del año 1902 ancló el General Herrera con su flotilla en la bahía de Anton y allí tuvieron lugar las negociaciones del canje como se había convenido. Dicho canje se verificó como se pactó, en la isla de Taboga. Allí condujo a los prisioneros de Tumaco nuestro cañonero «Panamá», y en el mismo vehículo vinieron a Anton los respectivos copartidos nuestros que desde hacía algún tiempo sufrían las duras prisiones de Panamá.

El General Herrera tenía conocimiento de las tentativas abortadas del General Albán, sobre ocupación del vapor chileno «Lautaro»; pero ignoraba cómo a última hora, el Gobernador de Panamá había resuelto tomar *manu militari* dicho buque para artillarlo y salir al encuentro de la escuadrilla revolucio-

naria. Por los prisioneros canjeados tuvo todos los datos relacionados con tan importante asunto, e inmediatamente dispuso que zarpara el «Almirante Padilla, a órdenes del valeroso General José A. Ramirez U., con la orden expresa de aprisionar o hundir el buque chileno mencionado. El buque fué hundido.

Bien consideradas las cosas en el comate naval de Flamenco se reproduce en pequeña escala naturalmente algo semejante a la batalla de Aboukir. Sin la diligente actividad de Nelson en busca de la armada de Brueys, quien sabe cuales habrían de ser las consecuencias de las victorias de Bonaparte en Egipto, sin la actividad desplegada por el General Herrera para destruir el «Lautaro» habrían menguado mucho las probabilidades de sus triunfos. La destrucción de ese buque dejó sin recursos a los que más tarde había de vencer en Aguadulce, así como la pérdida naval de Aboukir dejó a Napoleón sin el puente que lo comunicaba con la Francia.

Los que tripulaban el «Lautaro», es jreticia decirlo, se defendieron con tanto valor, anclados en Flamenco, como Brueys con sus naves, ancladas también en Aboukir. Como las naves francesas en aquella memorable batalla, Albán con los que le acompañaron prefirieron el suicidio del incendio a la humillación de arriar su bandera.

El «Almirante Padilla», por su parte, al hacer su estreno, parece que en sus entrañas de fuego anidara el genio del héroe cuyo nombre llevaba, y como otra *Vanguard* llevando sobre el puente al heroico Almirante Inglés, acometió sin miedo, poniéndose casi a tiro de pistola del buque enemigo, y contestando sus fuegos con destreza, venció en buena lid a un adversario ni débil, ni cobarde, un adversario digno de él.

Como de la victoria de Aboukir, puede decirse de la de Flamenco, que «cubrió con un respeto igual la gloria de los vencidos y la de los vencedores»; lo que es tanto más honroso, aunque también triste, cuanto que en el último caso, vencedores y vencidos fueron hijos de una patria común.

El vencedor de las Pirámides paseando sus águilas triunfantes por las tierras sagradas de los Faraones amasaba con las arenas del desierto y el cemento de sus triunfos, el pedestal de su gloria que sustituiría con la pompa imperial de Napoleón, los arreos militares del impetuoso Bonaparte: pero a tiempo que hacía suya la tierra que pisaba, Nelson le arrebató en Aboukir el imperio de los mares con el que habría sido incomparable su poder. La Dictadura de Marroquín también parecía mar-

char a la omnipotencia en enero de 1902; la vergüenza de San Cristobal la había lavado en Carazúa y todo parecía encaminarla al triunfo en aquellos días. Puede decirse que la tierra era suya. Flamenco le arrebató en una hora el dominio del Pacífico; y así como después de Aboukir, la Inglaterra pudo desafiar desde la esterilidad de sus rocas la grandeza del coloso que sojuzgaba al Continente, la Revolución después del hundimiento del «Lautaro», pudo adueñarse del Istmo y de las aguas que lo bañan al sur y desafiar la cólera del solitario de San Carlos, a pesar de su casi omnipotencia en todo el territorio colombiano.

Para completar la ruina naval del tirano francés, después de Aboukir, sufrieron sus navas el aniquilamiento cruel de Trafalgar, que fué precursor de Waterloo. Como veremos más adelante con la jornada naval de *Meusabé*, el dictador de Colombia quedó tan desarmado en el Pacífico, como el francés en Trafalgar.....

¿No tendremos nosotros también un Waterloo que nos liberte del yugo cruel que nos deshonra y nos humilla? Quizás un Waterloo pacífico nos guarde el porvenir!.....

Ocupémonos ahora de la víctima de aquella jornada memorable: de ALBAN.

Era el General Carlos Albán uno de los caracteres más dignos de estudio que hemos tenido. Mezcla rarísima de nobles cualidades y de grandes defectos. Sus ardientes anhelos de saber lo llevaron al estudio de casi todos los conocimientos humanos: era médico y abogado, matemático y guerrero, publicista y literato, pero tal cúmulo de conocimientos agrupados en desorden en su cerebro, a fuer de excesivo bagaje, tenían que producir en él notables desequilibrios, manifiestos en la volubilidad de sus acciones.

De ahí sus desvaríos mezclados a útiles lucubraciones científicas; sus amaneramientos culteranos en contraposición con apreciables manifestaciones de ingenio en sus producciones literarias; sus instintos carniceros en lucha con su mansedumbre de cordero, en los asuntos de la guerra.

«Como el cisne al morir exhala su mejor canto y la lámpara al extinguirse su llamarada más viva» que diría Rafael Núñez, fueron para Albán los días precursores de su muerte los más brillantes de su vida. La inconsistencia de sus ideas, había hecho poco menos que estéril el fruto de sus labores, como hombre estudioso, que lo era en sumo grado, y como trabajador perse-

verante, que lo fué sin disputa: ni adquirió renombre como médico, ni hizo fortuna como abogado, ni inventó nada práctico, ni lo arrulló el favor popular como político, ni supo conmover como tribuno, ni llevó placidez a las almas con sus cantos de poeta o los encantos de una prosa atildada y elegante. Necesitó de las agitaciones de la guerra, de la revuelta despertadora de energías, para llevar laureles a su frente, menos marchita por los años que por las austeras vigiliás del estudio; y la grandeza de su muerte, dignificada por el deber cumplido, y resplandecida por el heroísmo, tornó en un día en pedestal, cualidades y defectos ignorados que obligó a hacer surgir la agitación de los espíritus, así como suele sacar a flote la tormenta las ocultas riquezas de los mares.

Cuando la historia imparcial haya de juzgar a Carlos Albán, lo hallará tan convencido como a Cronwel, mezcla de tierna piedad y fanatismo salvaje. Sus ideales políticos eran desde luego en mucho superiores a los de la mayor parte de sus copartidarios petrificados en moldes demasiado estrechos para las aspiraciones modernas. Si no lo sorprende la muerte cuando empezaba a tomar vuelos su energía luchadora, se habría impuesto sobre las mediocridades que le rodeaban, a las que habría arrojado a la calle como el Protector a sus colegas del Parlamento largo e implantando una tiranía como la de aquel, brillante por lo austera, y acaso habría permitido, como permitió el Protector, el desarrollo de instituciones en el seno de la Patria, tan benéficas como las que nacieron del Protectorado y han hecho la grandeza de Inglaterra.

Su muerte produjo el vacío en torno del Gobierno, vacío a favor del cual las medianías impudentes han surgido omnipotentes, para llenarlo con sus emanaciones de pantano.

Cuando los hombres superiores hacen el vacío en torno de la cosa pública, la desvergüenza coronada lo llena. Es una ley, una ley inmutable. Cuando desaparezcan los buenos ¿quienes ocuparán su lugar sino los malos?

LOS ASALTOS SOBERBIOS

Impresión que produce en todo el mundo el combate naval de Flamenco y el hundimiento del "Lautaro". -- Recuerdos históricos. -- Inminente ocupación de Panamá. -- Expectativa mundial. -- Inconvenientes ignorados. -- La temida intervención americana. -- El amor al suelo patrio que no quiere ver hollado por extranjeros impide a Herrera ocupar a Panamá. -- Gestiones gobiernistas sobre obtención del vapor chileno "Presidente Pinto". -- Envío del Coronel Quintero a Chiriquí. -- Herrera resuelve atacar a F. de P. Castro, atrincherado en Aguadulce. -- Se empeña el combate. -- Rechazo de Pocrí. -- Boceto del General Julio Plaza. -- Incomparables cargas dadas personalmente por el General Herrera. -- Penetra en el recinto atrincherado. -- Fuga del General Castro. -- Heroísmo del Coronel Jorge E. Galvis. -- Rendición de la plaza. -- Los soldados y los Jefes del Gobierno.

El combate naval de Flamenco, que dió por resultado el hundimiento del «Lautaro» y la muerte de Albán, produjo honda sensación no sólo en el país sino en el extranjero. Por muchos días fué tal acontecimiento el tema sensacional de todos los periódicos del mundo a donde la voz del cable no cesaba de transmitir día por día nuevos e interesantes detalles. Y no podía ser de otra manera. Desde los primitivos tiempos de nuestra

vida política, no contemplaban nuestras aguas acontecimientos de esta clase. Estaban ya como olvidadas de nuestras generaciones versátiles las epopeyas de la «Noche de San Juan» y «Capitán Chico»; epopeyas escritas en los anales de nuestra independencia con el poderoso sable de Padilla en sus abordajes sublimes a las naves españolas; los torneos marítimos que vió Cartagena en 1885 eran como juguetes de niños comparados con este combate formidable en su género, dado puede decirse a presencia del mundo estupefacto.

Era, pues, un acontecimiento enteramente nuevo, que daba también nueva fisonomía a esta lucha titánica de los desheredados del derecho contra los monopolizadores obstinados.

El imperfecto conocimiento del terreno, por lo demás, y aún de las circunstancias del momento, lo mismo entre propios que entre extraños, dieron margen a más de un juicio errado, que convirtió en poco tiempo en algo como en un desencanto a aquel triunfo tan sonado. Juzgaron los más que él abría de par en par las puertas de Panamá a las huestes revolucionarias y que por lo mismo aquel golpe era decisivo para la terminación de la guerra en el Istmo; una vez que el triunfo del liberalismo se consideraba como la única garantía de paz para aquel pedazo de tierra colombiana, según lo había expresado con visión profética en alguna ocasión el propio General Albán.

Por todas partes, a donde quiera que llegan con regularidad las cotidianas palpitaciones del cable, la expectativa pública no esperaba otra cosa que la lacónica frase: «El General Herrera ha establecido su gobierno en Panamá».

Y no otro hubiera sido el deseo del héroe de Santander; pero más de un inconveniente imposible de vencer, se opuso a sus anhelos de emprender operaciones sobre la opulenta ciudad de Pedrarias. Eran muy confusos los datos que poseía acerca de la fuerza efectiva de que dispusiera el Gobierno en dicha plaza; no estaba seguro de la intervención americana y más bien tenía motivos para temerla; tenía absoluta escasez de combustible y de víveres para sus fuerzas de mar y tierra; debía temer que las numerosas fuerzas que mantenía el Gobierno en la Provincia de Coclé le atacarían a retaguardia al emprender operaciones en firme sobre la capital; la suerte del partido, en fin, pendía en aquellos momentos de su Ejército, y elementales principios de prudencia y de cordura debían advertirle de la ne-

cesidad de no comprometer en operaciones de éxito dudoso, el fruto de largas y asiduas labores.

Por eso no se ofuscó con el éxito brillante obtenido en la bahía de Flamenco, ni lo sedujeron las tentaciones con que parecía extender sus brazos hacia él la perla del Pacífico. Las labores a que se dedicó, desde luego, lo apartaban de aquel fin, justamente ansiado, no sólo por los hijos de la noble ciudad, sino por todos los que considerábamos su posesión como base definitiva del triunfo de la revolución y por consiguiente del anhelado advenimiento de la paz que nos devolviera a nuestros abandonados hogares; pero el éxito que les ha acompañado y que no es hijo del acaso, demuestra palmariamente el rigorismo lógico que los ha encaminado.

La insistencia con que, por varios conductos, se aseguraba la negociación del Gobierno de Marroquín con el de Chile del buque de guerra «Presidente Pinto» obligaba al General Herrera a tener a buen recaudo la escuadrilla revolucionaria. La necesidad de despejar en lo posible su retaguardia y quitar recursos al enemigo lo determinaron a enviar a la rica provincia de Chiriquí al entonces Coronel Manuel Quintero V., uno de los istmos de la actual generación liberal que más se ha distinguido por su buen juicio, su probado valor y la culta moderación que revisten todos sus actos. El prestigio de que goza en aquella provincia lo hacía él más a propósito para levantar fuerzas en ella, y el Jefe del Ejército Unido, comprendiéndolo así, le dió unos oficiales para que lo acompañaran y las armas necesarias para levantar un pie de fuerza respetable. Entre tanto él se disponía con su Ejército a atacar la fuerza, que al mando del General Francisco de P. Castro, ocupaba la plaza de Aguadulee y sus contornos; fuerza perfectamente disciplinada y veterana, de lo mejor con que contaba el Gobierno y que pasaba de 1.500 hombres, debidamente armados y equipados, y tanto más conocedores del terreno que pisaban, cuanto que hacía varios meses que estaban acantonados en los lugares mencionados.

El 23 se dió la batalla. Lo culminante de ella lo determinan lo violento de las cargas; el arrojo de los combatientes, estimulado por el empuje épico del Jefe, el derroche de valor, en fin, que la hizo tan costosa.

El primer avance fué dado por los Generales Plaza y Vernaza que tuvo por resultante la ocupación de Pocrí, llave de las posiciones enemigas; demostró desde el principio de cuanto eran

capaces aquellos luchadores y su denodado valor en nada fué amenguado por su posterior rechazo, motivado por circunstancias imprevistas y por la gran masa de combatientes de que hizo uso el enemigo. Sin embargo, esta contrariedad dió margen a la grandiosa carga que con el General Herrera a la cabeza, dieron los batallones de reserva; carga que a manera de avalancha incontenible, arrolló al enemigo desde Poerí hasta el recinto atrincherado de Aguadulce.

El rasgo característico en la fisonomía moral del distinguido General Julio Plaza, es la caballerosidad. Basta tratarlo una vez para apreciar en él al hombre bien nacido, perfeccionado por la cultura de una educación esmerada y el trato frecuente con la buena sociedad. Es del corte de esos militares que tanto agradan en las democracias de hispano América: valeroso sin fanfarronería, culto sin amaneramiento, enérgico sin exageraciones, generoso sin afectación.

Ha consumido en la hoguera de la Revolución intereses materiales y morales, ha luchado sin tregua en su querida tierra del Cauca, lo mismo que en el Departamento de Panamá, donde ha ocupado puestos de consideración en el Ejército Unido.

Para hacer un recuento de las acciones de guerra en que se ha distinguido y las campañas que ha hecho, habría necesidad de hacer la historia completa de los generosos esfuerzos del pueblo caucano en pro del liberalismo; pues siempre el suyo ha figurado de los primeros.

Es Julio Plaza de gallarda figura, irreprochable en sus maneras y en extremo atildado en el vestido. De genio, amable, franco y decidor, se hace fácilmente simpático para los que lo tratan y luce como el que más en toda reunión culta, por lo amena de su conversación, siempre festiva y animada y la natural desenvoltura con que cumple sus deberes sociales.

Es muy querido de sus soldados a quienes entusiasma con su valor y seduce con sus bondades.

Todavía blanquean al sol las osamentas humanas mezcladas a las de las bestias en el amplio llano que fué mudo testigo de aquellos asaltos soberbios, y al contemplar los restos que aún quedan de las terribles fortificaciones, apenas puede uno explicarse el desprecio a la muerte que supone aquel empuje que traspasó los lindes naturales del valor humano.

En una plazoleta donde termina el camino de Poer' y co-

mienza el poblado de Aguadulce, domina el llano un cañal formado de fosos, reforzados por atrincheramientos de piedra. Allí como en un reduto amurallado, se hicieron fuertes los enemigos, defendidos además, por otras tantas líneas de tiradores situados en trincheras semicirculares en las principales bocacalles, o apostados en los techos de las casas. Ya podrá suponerse el fuego que vomitarían aquellos fusiles, tan artísticamente escalonados. Pero nada fué bastante para contener los soberbios asaltos de aquellos soldados sublimes.... Muchos quedaron en el camino, es verdad, pero los que respetaba la muerte llegaron hasta los fosos que fueron el trágico de montones de víctimas. Audaces hubo, como el General Jorge E. Gálvez, quien con temerario exceso de arrojo, llegó hasta la plaza a la cabeza del Bon. Cauca entre granizadas de balas que le causaron numerosas bajas y una herida en la cara que recibió el propio Gálvez, quien dió muestras en este acto de un heroísmo extraordinario.

El General Gálvez es sumamente joven todavía y ya es una esperanza para el liberalismo. Nacido en el hermoso valle del Cauca, su entusiasmo liberal es tan ingenuo como la alegre franqueza que es condición esencial de su carácter. Las tradiciones de su familia deberían tenerlo al lado de los dictatoriales, como que es de la más pura cepa conservadora, pero su temperamento lo aparta de toda servidumbre, y lo expansivo de su genio, lo haría languidecer como flor de invernadero, entre los estrechos moldes del tradicionalismo de los suyos. Producto natural de su siglo, tiene algo como el instinto de lo estético y adora la belleza ya se manifieste en los fragores de la lucha o en los pétalos perfumados de una flor, o en los arpegios de un vals o en las curvas tentadoras de una mujer hermosa. En donde él acampa la tristeza se esfuma; donde combate, vibra, como tocada por una mano misteriosa, la cuerda épica que difunde las armonías del heroísmo.

«Los hechos cumplidos durante la batalla de Aguadulce -- dicen Noriega y Pradilla -- atestiguan que el General conservador no estuvo a la altura de su fama, y menos aún a la de la respuesta que dió a la nota de intimación del General Herrera».

«Los Jefes y Oficiales subalternos -- agregan -- así como los soldados enemigos, cayeron en Aguadulce con honra, y se hicieron dignos émulos de sus vencedores, quienes les prodiga-

ron las atenciones y honores que conquistaron con su esfuerzo, y que eran acreedores como vencidos en buena lid, para mayor vergüenza de sus tres Jefes principales que abandonaron el combate, cuando el sol en pleno cenit contemplaba su fuga, a la vez que el heroísmo de unos y otros combatientes».

«Según lo aseguraron en el campamento liberal oficiales prisioneros, los Generales Castro, Ortiz y Caicedo Albán desaparecieron haciendo promesas a sus subalternos, de que iban a atacar por retaguardia al enemigo».



SAN PABLO

Las dos escuelas militares: los impulsivos y los prudentes. -- Los impacientes. -- Censuras al General Herrera que el tiempo desvirtúa. -- Por qué no atacó a Panamá después de Aguadulce. -- Los Coroneles Quintero y Bvendiá en Chiriquí. -- El Capitán Gallo. -- Falsas noticias. -- El por qué de la marcha a Chiriquí. -- Combate y triunfo de San Pablo. -- Pinceladas acerca del Coronel Manuel Quintero V. -- Su nombramiento de Jefe Civil y Militar de Panamá.



Dos escuelas vienen disputándose desde el principio del mundo la supremacía en lo que se ha llamado el arte de la guerra: la que persigue el éxito con la rapidez de los movimientos, y los golpes de audacia en que el valor lo suple todo, y la que busca los mismos resultados por el cálculo frío, razonado y metódico; con el estado calmado de las circunstancias de lugar y de tiempo, en relación con los resultados finales a que se encamina la campaña. A la primera han pertenecido todos los genios de un día, los que han pasado por el mundo como avalancha que destruye todo y nada crea, meteoros de luz que han iluminado una época con los destellos de su gloria, levantada sobre montones de huesos humanos; a ella pertenecieron Alejandro y César en lo antiguo, Napoleón en lo moderno. A la segunda pertenecen héroes más modestos, pero que la humanidad recuerda con cariño, porque laboran por la grandeza de un pueblo con total olvido de la suya, y desdijeron siempre la brillantez de un día de esplendor a cambio de obtener

una eternidad en los resultados finales que perseguían para la causa de que fueron defensores. Representantes ilustres de esta escuela fueron en la antigüedad Solón, legislador y guerrero, defensor de Salamina y organizador del triunfo de Maratón, con el que el insigne Temístocles hizo la grandeza de la Grecia al par que libertó el occidente del dominio corruptor de las sociedades orientales; Epaminondas, el más ilustre de los tebanos y el célebre Camilo que libertó a Roma de los galos. Entre los modernos, Wellington que en Waterloo volvió la paz al mundo y Von Molke factor principal de la unidad alemana y destructor afortunado de las dinastías creadas por el sable o por los golpes de estado.

Guardadas las debidas proporciones nosotros hemos tenido Córdoba y Camargos entre los primeros: Gatiérrez y Trujillos entre los segundos; los unos con sus hecatombes del Santuario, Garrapata y La Humareda; los otros con las reposadas campañas que en el norte y en el sur, respectivamente, dieron los triunfos definitivos de 1862 y 1877.

Por nuestra parte, aunque incompetentes para dar voto en tan arduas materias, pues no somos militares de oficio, nos sentimos con vocación para ello; por nuestra parte, decimos, tan defectuoso es el uno como el otro sistema, y creemos que un justo medio es el más ocasionado a éxitos duraderos, una vez que juzgamos que en la guerra deben perseguirse dos ideales para el triunfo: economía de tiempo y ahorro de sacrificios, que sumados tienden al ideal supremo de la conservación de la especie y la multiplicación de las riquezas, base de todas las satisfacciones humanas.

No conocemos de modo absoluto las ideas del General Herrera a este respecto; pero a juzgar por los hechos más culminantes de sus campañas, a las que en gran parte hemos asistido, debemos creer que él participa de uno y otro sistema, en cuanto al *modus operandi* que lo ha de llevar a la victoria. Pero de un modo general, cuando pesaban en él grandes responsabilidades y de sus aciertos dependía casi el éxito final de la causa que confió a su pericia todas las esperanzas de su porvenir; en tales casos, decimos, aunque no insensible a la gloria que, cuando no al fracaso de las campañas rápidas y atrevidas, prefirió hasta pecar de prudente en ocasiones, en resguardo de los cuantiosos intereses que le fueron encomendados. Por eso compromete en bloque sus fuerzas y se lanza él mismo al peligro, cuando un golpe de audacia es el que ha

de asegurar la victoria, y marcha otras veces con piés de plomo, con la paciente tranquilidad con que Trujillo se acercó día por día, hasta lograr que se le rindiera la fortaleza conservadora de Manizales.

Esta prudencia ocasionó grandes censuras entre los impacientes; pero no lograron con ellas desviarlo del fin supremo que perseguía y que no podía ser otro que el triunfo de la República, cuyo éxito no podía comprometerlo en aventuras de resultados dudosos, en un día de entusiasmo, que podría traer una eternidad de dolores al Partido que tanto confiaba en su discreción y su pericia.

Sin embargo no es prudencia sistemática ni lentitud preconcebida, como creen algunos, lo que entrabó su marcha a Panamá, anhelo supremo de una aspiración vehemente de los m. s. Cuando esos impacientes creían de lo más propicia la operación, nunca faltaron gravísimos inconvenientes que impidieron emprenderla para acordarse con el clamor general; inconvenientes por lo común ignorados de otros que los Jefes superiores a quienes elementales deberes de discreción, obligaban a mantenerlos en reserva.

Y no otra cosa pasó, como ya vimos después del hundimiento del «Lautaro»; idénticas razones, como veremos, obraron en su ánimo para no seguir a Panamá después del glorioso triunfo de Aguadulce.

Durante los preparativos de dicho combate el General Herrera, sabedor de que Qintero había puesto en manos las armas que llevó a Chiriquí, envió al entonces Coronel Ramón Buendía con nuevos elementos y con el nombramiento de Jefe de Operaciones en aquella región, y en vista del excesivo parque con que contaban en Antón, había enviado después al Capitán Gallo con una tercera remesa de elementos a la distante provincia.

Después de la victoria de Aguadulce pensó el General Herrera en dar principio a las operaciones sobre Panamá, tan ansiadas de todos y no menos de él propio; pero noticias alarmantes que llegaron a su campamento y cuya gravedad lo obligaba a mantener en la más absoluta reserva, lo condujeron al nuevo giro que dió a la campaña y que ha sido probablemente uno de los actos de su vida que más amargura a llevado a su alma. Asegurábasele, por conductos que juzgó fidedignos, que en David tenía el Gobierno no menos de 600 hombres; que Buendía no había podido desembarcar porque Qintero se ha-

había internado por los límites con Costa Rica; que el Capitán Gallo había corrido la misma suerte que Buendía; que la «Boyacá», en fin con un contingente de 100 hombres había marchado para Chiriquí. A más de esto, a raíz del triunfo de Aguadulce había mandado el cañonero «Panamá» a prevenir a Buendía a que alistara un contingente de 500 a 600 hombres para concurrir al ataque de la Capital del Departamento.

«Era fácil suponer --- agregan Noriega y Pradilla --- que este contingente [el de la «Boyacá»], unido a los derrotados en Aguadulce, y en combinación con la gente de David, pusieran en serios peligros la fuerza de Quintero, o se adueñaran de las remesas de parque enviadas con Buendía y Gallo. Salvar esas fuerzas, velar por la seguridad de los parques, del vapor «Panamá» y de los veleros, así como a la vez destruir las fuerzas enemigas, eran operaciones no solamente indicadas, sino que se imponían con urgencia».

Tales fueron entre otras razones de conveniencia para el Ejército Unido y para el partido en general, las que decidieron al General Herrera a trasladarse con el grueso de sus fuerzas, a la provincia de Chiriquí.

Las alarmantes noticias resultan inciertas en parte, pero aún así, nada perdió, antes ganó inmensamente la causa, con aquel movimiento, como lo han justificado ampliamente los acontecimientos posteriores, que pronto daremos a conocer a lector.

Contrariamente a lo que se había asegurado en el campamento de Aguadulce, las fuerzas reunidas por Quintero y que luego este pasó a las órdenes de Buendía, de quien pasó a ser Jefe de Estado Mayor, daban, cuando Herrera triunfaban sobre Castro, el memorable combate de «San Pablo», feliz complemento de la victoria de Aguadulce, que ponía en poder de la revolución todo el territorio del Istmo, excepto parte de las provincias de Panamá y Colón.

El hoy General Manuel Quintero V., era un hombre nuevo en nuestras luchas políticas, un carácter y una energía reveladas por las agitaciones de la pasada guerra. Su vida política por lo mismo, era tan corta como llena de merecimientos. Con Jefe del Bon. «Libres de Chiriquí» se distinguió en 1900 en los combates de Bejuco, Corozal y Panamá. En Corozal fué quien salvó la situación, que por la sorpresa del ataque, puso en funestas para los revolucionarios, y que, en gran parte debido a los esfuerzos de Quintero, se convirtió en una victoria

que si se hubiera aprovechado, habría sido definitiva en el Istmo. En Panamá ocupó y sostuvo la única posición que no reconquistó jamás el enemigo: la torre de San Miguel en los suburbios de la ciudad. Fué el alma de la acción en San Pablo, por su valor y actividad, por el exacto conocimiento del terreno y por la popularidad que de gozaba entre los combatientes, todos, antiguos conocidos suyos, como que eran istmeños con raras excepciones.

Es de una modestia extraordinaria, a tal punto que cuando se le hace un elogio merecido, se cubre de rubor como una niña. Su generosidad es rayana en lo pródigo; de él pudiera decirse lo del «cura del Pilar de la Hora lada que como todo lo da, no tiene nada».

Hizo estudios en Bogota que pudieran llamarse de lujo; pues sus naturales inclinaciones a la vida activa lo llevaron de las aulas a las duras faenas del campo o a las agitaciones de la vida comercial.

Cuando circunstancias que no son de este lugar, determinaron la separación del doctor Porras de la Jefatura Civil y Militar del Departamento, el señor Director de la Guerra escogió a Quintero como el más a propósito para reemplazar a aquel. La magnitud e importancia de los servicios prestados por el modesto istmeño han justificado ampliamente tan acertada designación.

En las labores administrativas que han absorbido la atención de este compatriota, tuvo por colaborador: el General Antonio Papi Aizpuru.

EL NUEVO ORGANISMO

Conceptos de la guerra. -- Los guerreros teóricos. -- La guerra en los campamentos. -- Las marchas penosas. -- Las escaseses y penalidades. -- Los días de sol y de lluvia. -- Las noches a la intemperie. -- Las dificultades de la organización. -- Las contrariedades que produce la variedad de caracteres. -- Las amarguras que impone la disciplina. -- La necesidad de subordinación y de orden. -- La reorganización necesaria después de cada combate. -- La obra llevada a cabo por el General Herrera en menos de tres meses. -- Pérdidas del Gobierno. -- Incorporaciones de voluntarios liberales. -- Decretos y órdenes del día. -- Respuesta del General Herrera a la Brigada de Artillería. -- La jurisprudencia militar que ella encierra. -- El General Paulo E. Obregón. -- Su fisonomía. -- Su muerte. -- Organización civil en el Ejército. -- Escrupulosidad del General Herrera en el manejo de los caudales revolucionarios. -- Economía en los gastos.

Los guerreros teóricos, aquellos que conocen de la guerra lo que han leído en los libros; pero que no han ido a estudiarla en los campamentos, ni la han seguido en las marchas penosas, ni han probado sus escaseses, ni sufrido sus penalidades; esos juzgan juego de niños los combates, recreaciones las marchas, algo como partidas de campo los días pasados a pie-

no sol y las noches a la belle étoile. Por lo mismo apenas comprenden las múltiples necesidades que el Jefe tiene que satisfacer en sus subordinados; las dificultades de la organización, las contrariedades que trae consigo la variedad de caracteres y de gustos; las amarguras, en fin, que llevan a las almas sensibles los rigores a que obliga el afianzamiento de la disciplina, la subordinación y el orden, que son base esencial de todo Ejército que merezca tal nombre.

Sabido es que tras de cada combate por pequeño que él sea, la reorganización se impone necesariamente. Pero no fué esta la sola atención a que tuvo que consagrar sus energías el General Herrera al llegar a Chiriquí con el grueso del Ejército, como hemos indicado.

En menos de tres meses que llevaba de haber pisado el territorio de la Patria, no había tenido un momento de reposo. Marchas penosas en aguas tempestuosas o por terrenos frágiles; combates en mar y tierra; organizaciones provisionales en lo político como en lo militar; a todo había ocurrido con la actividad que le es propia, sin olvidar un solo detalle, sin descuidar una necesidad.

Pero eran, sin embargo, más arduas las labores que reclamaban su esfuerzo, después de las victorias adquiridas; victorias que devolvían tierra libre donde poner el pie, a los que enantes comían el duro pan del desterrado; victorias que de mísero proscrito lo traían a la Jefatura de un pueblo altivo y de un Ejército de héroes.

En un corto espacio de tiempo el Gobierno había perdido más de 2.000 hombres, en su mayor parte liberales forzados al servicio con las grandes reclutas del interior del país, que ya alcanzaban a tres generaciones, a virtud del poco escrúpulo con que los dictatoriales interrumpen el reposo natural de los ancianos y arrebatan al regazo materno a los niños de la citada filiación política. Eran centenares de esos los que habían caído prisioneros o habían entrado en la capitulación del 23 de febrero, y todos solicitaron con instancia su incorporación al Ejército liberal.

El entusiasmo que, por otro lado, produjeron los triunfos adquiridos, llevaba día por día al campamento a amigos de la causa que, libres de la persecución conservadora, corrían a prestar sus servicios a la causa de sus simpatías.

La necesidad de formar un nuevo organismo se imponía